

LAS MUJERES Y LA GUERRA*

Mario Elkin Ramírez**

Resumen

El autor parte del psicoanálisis para analizar algunas hipótesis que se han elaborado acerca de la relación de las mujeres con la guerra.

Resalta la maternidad como un aspecto fundamental en la mujer, pero que no constituye obstáculo en la mayoría de ellas para modificar su relación con la causa político-militar.

Sin embargo, esboza a través de la mitología el valor que ha tenido la mujer desde la antigüedad, justificando así las razones de orden histórico-social y las condiciones de exclusión del poder y riqueza que hace que la mujer tenga un mayor potencial para oponerse a la guerra.

Establece que una de las causas de la relación de la mujer con la guerra obedece al rol que nuestra cultura le ha asignado, la cual hace que escoja la vida guerrillera o paramilitar como estilo de vida donde pueda poner límite al abuso o cambiar su statu de víctima.

Palabras clave: Mujer, maternidad, guerra, familia, causa.

Fecha de recepción: Mayo de 2002

* Ponencia presentada en el seminario *La violencia en Colombia: sujetos y relatos*, organizado por el Colectivo de Psicoanálisis de la carrera de Psicología de la Universidad Pontificia Javeriana de Cali, el 21 de septiembre de 2001.

** Psicoanalista de la Nueva Escuela del Campo Freudiano (NEL -Medellín), miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Profesor de la Universidad de Antioquia.

Abstract

In this article, some hypotheses about the relation between women and war are analysed from a psychoanalyst view. Motherhood is highlighted as a basic aspect of women, but that does not constitute an obstacle for most of them to modify their relation to the political – military cause. Nevertheless, the value women have had since ancient times is outlined from Mythology in order to support the historical and social reasons and the conditions of exclusion from power and richness making them to have a greater potential to oppose to war.

It is also established that one of the causes of the relation of women to war is the condition they have in our culture, which make them to choose guerrilla or paramilitary life as a life style where they can put limit to the abuse or change their victim status.

Key words: Woman, motherhood, war, family, cause.

A continuación se presentan algunas hipótesis a partir del psicoanálisis, usando como instrumento de investigación para interrogar varios discursos, tanto testimoniales como teóricos, sobre la relación de las mujeres con la guerra.

I

Algunas historiadoras cuentan (Bernal, 2001 y Velásquez, 2001) que en la Inglaterra del siglo XIX predominaba la concepción de que la mujer estaba, por naturaleza, más cerca que el hombre de la paz, debido a que era la que tenía la posibilidad de dar vida. Ese imaginario social se fundamentaba en la idea de que la mujer estaba dotada *per se* de virtudes pacíficas. «Ella conoce la historia de la carne humana, sabe su costo», decía Olive Schreiner (citado por Bernal, 2001).

Se trata, a nuestro juicio, de un argumento basado en un error: la confusión entre la mujer y la madre.

Es muy posible que el único destino de la mujer en la Inglaterra decimonónica fuera la maternidad, y de allí la equivocación; pero hoy eso es algo insostenible, porque la maternidad es para la mayoría de las mujeres contemporáneas apenas una opción, luego de que se declara-

ron dueñas de su propio cuerpo, por encima de la voluntad de Dios y de los hombres, pues el combate por la píldora anticonceptiva tuvo que librarse contra las iglesias y los estados, que controlaban el cuerpo femenino, su destino y su naturaleza.

Las mujeres contemporáneas, entonces, tienen la posibilidad de elegir si son madres o no. Esto hace que pueda diferenciarse unas transformaciones y procesos psíquicos que ocurren en la mujer cuando se convierte en madre, y que no ocurren en ella si no opta por la maternidad.

Así, en Occidente, una mujer que desea un hijo, incluso antes de su concepción, le da un lugar en su deseo, lo hace existir en su discurso con nombre, apellidos, religión, posición política, familia, lengua *materna*, etcétera.

Ese hijo nombrado es incluido dentro de sus ideales cuando quiere hacer que él cumpla sus propias expectativas frustradas, o que tenga mejores oportunidades que las suyas, o al menos que siga la vía de sus padres.

En la mayoría de los casos los hijos se vuelven una causa para las madres, quienes querrán ocuparse de su crianza. Del mismo modo, puede que ese hijo sea para algunas una forma de enlace con la pareja para fundar una familia nuclear; pero también está la posibilidad de que sea sencillamente una escogencia por el hijo y no necesariamente por el hombre, es decir, una familia monoparental. El hijo puede ser entonces una forma de realización de sus deseos inconscientes y de sus ambiciones personales.

Por el contrario, la mujer que no opta por la maternidad encamina sus deseos a la realización de sus ideales por sí misma, lo que le permite adoptar causas políticas, intelectuales, religiosas, sin que medie en ello la existencia de otro ser.

No obstante, la maternidad como acto de creación de vida no hace que en las mujeres combatientes que se convierten en madres se gesten una vocación natural por la paz. La maternidad no es obstáculo en la

mayoría de ellas para modificar su relación con la causa político-militar. Luego, entonces, la relación con la idea de la guerra o de la paz no depende de la relación con la maternidad, sino de la relación con aquello que constituye causa para el sujeto: en unas, la vida de sus hijos, en otras, los valores, en otras, la guerra misma.

Es algo que puede verificarse en los testimonios de algunas mujeres combatientes de los grupos armados en Colombia, recogidos en una reciente investigación (Lara, 2000)¹, y que son bastante dicentes tanto de la posición de madre como de la de mujer, y de cómo si en algún momento esto puede crear un conflicto de roles, ellas encuentran diferentes soluciones (ver anexo 1).

Las mujeres, e incluso aquellas que son madres, en estos ejércitos pueden matar, herir, etcétera, si, como los hombres, tienen una ideología férrea que lo justifique; no es su condición natural la que las excluye de la lógica de la guerra.

II

En el siglo XX hubo un desplazamiento de la argumentación histórica sobre la mujer y la guerra; se abandonó la fundamentación en el terreno de lo natural para ir a buscarla en lo cultural, esto es, en los procesos de construcción y deconstrucción de los significantes que conforman el código consensuado desde donde se lee la significación de la maternidad.

Desde allí se verifica la división entre la esfera pública y la privada a partir de la cual se distribuían los papeles sociales, y donde a la mujer se le imponía estar confinada al cuidado del hogar, de los hijos y del esposo, mientras que al hombre se le dejaba la responsabilidad de responder por la economía, la política y la guerra.

¹ LARA SALIVE, Patricia (2000). *Las mujeres y la guerra*. Bogotá, Planeta. El libro recoge los testimonios de ..f)()ra \[argarita... ex guerrillera del ELN y del M -19 (p.23-77). Liliana López, alias «Olga Lucía Marín», comandante de las FARC (p. 79.132), y de Isabel Bolaños, «ola Chave», dirigente de las Autodefensas (p.133-192).

En efecto, tradicionalmente la guerra ha sido un asunto de hombres: de guerreros y soldados. Mientras tanto las mujeres habían sido sólo botín de guerra, un instrumento para debilitar al enemigo, o un medio de pago e intercambio; además habían sido pensadas como las protectoras de la vida de los guerreros (Velásquez, 2001).

Es algo que se recoge desde la literatura mítica e histórica. En *La Ilíada* se arguye como causa del embate contra los troyanos el que habían robado a los aqueos a la bella Helena, es decir, a aquella que era el símbolo de los helenos.

En esa referencia se pone a la mujer como causa de una guerra. Robar a Helena era robar el significante que como pueblo les daba existencia simbólica. Aunque puede ser que justamente tomaron el nombre como el de una causa luego del rapto.

El robo de las mujeres como causa de las guerras en la antigüedad es algo corroborado por Herodoto, quien dice que los griegos luego del rapto enviaron embajadores a pedir su restitución y que se les pagase la pena del secuestro; los troyanos les echaron en cara el robo de Medea; que los griegos no habían satisfecho esa injuria anterior, ni restituido la presa.

Cuenta que igualmente había sido arrebatada por los fenicios a los egipcios y que ellos capturaron a Europa para hacerles pagar su injuria con otra equivalente.

Era entonces un hábito corriente. Puede que se trate de una versión mitológica, simbólica, en las que el rapto de mujeres encubra otros intereses, pero en la cultura quedó consagrado así. Era una injuria robarse las mujeres de los otros, porque tenían el significado de lo valioso, y con ese acto se quería atacar lo agalmático del enemigo.

Herodoto ironiza citando a los persas, que decían que robar las mujeres es una acción que repugna a las reglas de la justicia; pero que también es poco conforme a la cultura y a la civilización el tomar tanto empeño en la venganza por ellas y, por el contrario, el no hacer

ningún caso de las mujeres raptadas es propio de gente cuerda y política, y agrega que está claro que si ellas no lo quisiesen de veras, nunca hubieran sido robadas.

Es una mirada que haría caer la dimensión metafórica, el valor simbólico y de pacto, de alianza, u objeto de injuria para una comunidad. En la argumentación de Herodoto, la mujer pasa a ser reducida del símbolo a la materialidad de la persona que lo encarna, y a su responsabilidad por dejarse robar. Por esta razón, agrega: «*Los pueblos de Asia miraron con mucha frialdad estos raptos femeniles, muy al revés de los griegos, quienes por una hembra lacedemonia juntaron un ejército numerosísimo y destruyeron el reino de Príamo*» (Herodoto, 1986); pero es que entre los persas la mujer no tenía este valor.

La mujer era en la antigüedad el significante de un pacto, pero no sólo entre hombres, más allá, entre linajes, que aseguran la exogamia y los monopolios de poder y riqueza entre reinos en el Medioevo.

Que la mujer se vuelva ley de circulación es algo que no depende del modelo del amor burgués o cortés; su raíz está en el alba de la historia, e incluso de la prehistoria.

En las *Estructuras elementales del parentesco* Claude Lévi-Strauss muestra que «*en la estructura de la alianza, la mujer que define un orden cultural, por oposición al orden natural, es objeto de intercambio, al mismo título que la palabra, la cual es en efecto el objeto original*» (Lévi-Strauss, citado por Lacan, 1978).

El verbo se hizo carne en la mujer en el momento en que devino objeto de significación de una alianza, de un pacto, de un símbolo. Es algo que hoy suena odioso porque la noción de objeto ha cobrado una significación degradante, más aun con el cambio de modelos y roles sexuales; pero, aquí, se entiende que la mujer fue elevada a la dignidad del objeto que significa una alianza de paz que evitaba la guerra entre los reinos.

Lacan se interesa en el estructuralismo en la medida en que encuentra que los intercambios fundamentales que ocurren en el plano de la alianza entre los hombres, de manera opuesta a la generación natural, han dado lugar a estructuras elementales del funcionamiento social, estructuras que son susceptibles de inscribirse en términos de una combinatoria (Lacan, 1973).

En *Las estructuras elementales del parentesco*, de Lévi-Strauss, Lacan encuentra tales leyes del intercambio y cómo su combinatoria rige el intercambio. Pero Lacan también recordó que el sexo y la combinatoria no se articulan sin que a la vez ese montaje produzca restos.

La circulación de las mercancías y de los objetos valiosos, entre los cuales se incluyó a las mujeres, eran también intercambios de palabra y de alianzas. Cuando Lacan (1996) comenta a Malinowski, a Maus y a Leenhardt declara: «*Ningún hombre ignora en efecto, puesto que la ley del hombre es la ley del lenguaje desde que las primeras palabras de reconocimiento presidieron los primeros dones*». En las sociedades que ellos examinan, el intercambio de mercancías está vinculado al reconocimiento del otro, a sus lazos de prestigio más que a sus lazos de trabajo, y en ese sentido, conectado al reconocimiento de la palabra del otro que va a inscribirse, lo que hace que finalmente entre ellos no hagan la guerra.

En la historia clásica fueron los *danaos*, que aparecen en *La Ilíada*, los que introdujeron los dones engañosos, como el caballo de Troya y la dimensión de la mentira.

El interés de esos estudios etnológicos es el señalamiento de cómo entra esa combinatoria en la vida humana. Pero Lacan no olvida recordarle a Lévi-Strauss que los dones erigidos en signos engañosos se convierten en obstáculos para esas leyes de intercambio. Y que la bella Helena, como toda mujer, no se inscribe fácilmente en el intercambio.

Por esta razón, en el fondo Herodoto tiene razón respecto a los raptos femeniles, pues Helena fue a Troya encantada, acompañando a París, quien quería tomarla, pero no según el sistema de intercambio

previsto para ello, y bajo la máscara de la belleza Helena, que aparece como el verdadero caballo de Troya, trajo la muerte, la destrucción y el exilio.

Helena no se inscribió en el sistema de intercambio, fue signo engañoso –advertido además por Casandra–, y como las mujeres en general en ese circuito se opusieron a él, no circularon fácilmente, pusieron obstáculo, a la vez que eran aquello que circulaba con más valor entre el deseo de los hombres; y circularon pero de manera rebelde, resistente, desarmónico con relación a los átomos del parentesco que los hombres querían que funcionaran de manera tranquila y pacífica. Esa objeción a la naturaleza fácil que se quería de la circulación es lo que dio a la mujer el estatuto de objeto que causa el deseo entre los hombres de manera difícil y que en la epopeya los conduce a la guerra.

La articulación en la combinatoria con la realidad sexual es un asunto que no va de suyo. Lacan (1996) lo elabora muy bien en un apólogo llamado el *Seminario sobre la carta robada*, que es una respuesta directa a las *Estructuras elementales del parentesco*. Es bastante más inquietante que las tranquilas leyes de la circulación del parentesco y de los hombres y mujeres expuestas por Lévi-Strauss.

Se trata de una reina y un rey que son marido y mujer ella tiene un amante que le escribe una carta, pero la carta es robada y comienza a circular por las manos del ministro que la roba, por las manos del investigador que la recupera, la policía también la busca; la carta recorrer los personajes, circula por el deseo de los hombres.

Se trata del análisis de un cuento de Edgard Allan Poe acerca del cual Lacan muestra una lógica de la circulación, ya no de una mujer sino de una carta que la implica íntimamente, y que produce efectos múltiples en su recorrido; el punto es que todo el que toma la carta se feminiza hasta el punto que no puede hacer nada más, como la misma reina que ante el robo y la circulación está inmóvil. Quien tiene la carta se condena a no actuar; esa feminización en el sentido de la inmovilidad es muy distinta a la pasividad, ya que Freud piensa las categorías femenino-masculino a partir de la oposición activo-pasivo. Aquí

la inmovilidad se opone a la circulación fálica o, si se quiere, a la circulación de lo que hay de más valioso, la mujer, tal y como lo estamos reflexionando.

Lacan hace valer entonces la oposición circulación-inmovilidad en vez de la de activo-pasivo, ambas competentes en el lado femenino. Es allí donde la mujer está clavada, en la inmovilidad que se opone a circular entre el deseo de los hombres; en ese sentido se vuelve un gran fetiche en vez de un símbolo de circulación. Es lo que pasó cuando se la idealizó como el eterno femenino en el romanticismo.

Esto quiere decir que más allá de la circulación significativa del intercambio se infiltra en la circulación de ese significativo la carta como otro registro, como resto, y eso tiene consecuencias.

Es algo cuya vigencia continúa incluso en las filas de los ejércitos de combatientes y que es denunciado y explicado por testimonios de mujeres militantes en dichos ejércitos al hablar de su condición en la guerrilla. Los testimonios de las combatientes, como su carta que pone obstáculo a la circulación significativa, hablan de lo que queda como un resto, no de plusvalía, sino de plus-de-goce, de horror fascinado, y que es el saldo que aquí está en cuestión al hablar de la guerra (ver anexo 2).

III

Otro aspecto señalado por las historiadoras se refiere a que hubo una transgresión de los códigos tradicionalmente asignados a la feminidad con respecto al cuidado de la vida propia y otros aspectos de la identidad femenina, y luego hubo una emulación de los patrones de la masculinidad guerrera asumidos por las mujeres combatientes (Velásquez, 2001).

En efecto, ya es un hecho que las mujeres participan activamente en la guerra, respecto a lo cual las autoras muestran numerosos ejemplos: En Gran Bretaña, el gobierno alistó a todas las mujeres entre 18 y 50 años y desde 1941 movilizó a todas las solteras entre 20 y 30 años,

y les dio a elegir entre el trabajo de guerra (industria militar) o el servicio militar.

En la Unión Soviética, las mujeres participaron directamente en combates con las fuerzas armadas, en artillería, servicio de tanques y regimientos de fuerza aérea. Más de 100.000 soviéticas ganaron honores militares; a 86 se les dio el título de «Héroe de la Unión Soviética».

En Colombia, durante las guerras civiles se toleraron algunas amazonas vestidas como hombres. En la Guerra de los mil días, las mujeres fueron aceptadas como combatientes, tomaron las armas e hicieron la guerra, unas veces formando en los rangos con carácter de oficiales o soldados, otras marcharon armadas al pie de la tropa asumiendo la lucha con el mismo ardor que los varones. Algunas llegaron a tener ascensos por acciones meritorias. Hoy, el 40 % de las FARC está compuesto por mujeres.

En los testimonios recogidos en la investigación sobre las actuales combatientes en las filas de las guerrillas y de las Autodefensas puede igualmente leerse los signos que identifican a estas mujeres con caracteres masculinos (ver anexo 3).

IV

Hay otro aspecto de la cuestión, menos ideal, e incluso contrario a todo ideal, pero que en el fondo encubre; esto es, cuando en la guerra ya no se trata de raptar, sino de aplicar la violencia sexual contra las mujeres. Se trata de una práctica aceptada por la tácita tradición entre ejércitos conquistadores para afectar el honor masculino, humillarle y enrostrárselo como victoria para desmoralizarlo por no haber podido proteger a sus mujeres (Velásquez, 2001). Allí se introduce otra dimensión distinta de aquella en la que se pensaba la mujer como objeto valioso de pacto entre caballeros, cuando casaban sus hijas con nobles de otro feudo para ampliar sus bienes y sellar la paz, y así evitar la tentación de atacarse porque ya eran familia.

Es el saldo de goce implicado en ese rompimiento del intercambio que implicaba la sexualidad; se trata de atacar lo valioso del enemigo, encarnado en sus mujeres; es algo que se vuelve un asunto táctico para desmoralizarlo.

Es una práctica que hoy en día no es exclusiva de los hombres en la guerra. Radica Comaraswamy (Velásquez, 2001), Relatora Especial sobre la violencia contra la mujer, en su informe de 1998 registra que cada vez más mujeres ingresan en las filas de combatientes y señala que por primera vez en la historia de la humanidad se ha acusado a mujeres de crímenes de guerra. Como por ejemplo en el genocidio de Ruanda, en el que participaron activamente mujeres combatientes y algunas de ellas perpetraron actos de violencia sexual contra otras mujeres.

V

Hasta aquí todo parece definirse en términos de igualdad entre las mujeres y los hombres combatientes, pero creemos encontrar una diferencia cuando se trata de la relación con la causa.

En ese aspecto los testimonios de las combatientes citadas manifiestan valores, pero también una gran convicción, una ausencia de duda, es decir que –en un principio– su relación fue parecida a una fascinación exenta de crítica, y a esa fascinación se le entregó; es decir, le dedicó su trabajo, su tiempo, su vida. Se trata de mujeres en relación con un ideal, respecto al cual esperan que les produzca alegría, y a nombre del cual renuncian a otros estilos de vida: familia, vida de pareja o vida con la madre.

Todo esto igualmente podría encontrarse en un hombre, pero algunas de ellas comparan la relación con la causa con estar enamorada de un hombre, debido a que las características son semejantes: ceguera, ausencia de crítica y renuncia a otras causas o relaciones. Una de las entrevistadas expresó:

Trabajamos con mucha honestidad, con entrega, con fidelidad, convencidos de la causa. No nos cuestionábamos nada. No dudábamos de que eso era lo que debíamos hacer (Lara, 2000:35).

Uno se entrega absolutamente a ese cuento de la guerra [...1 Es incondicional con él, ciego, no le importa nada [...]] Uno se entrega con alegría, no siente que esté renunciando a todo, a formar una familia, a vivir junto a un novio, a estar cerca de la mamá [...]] Uno se obnubila con esas ideas como se obnubilan las novias con sus tipos (Ibid., 37) [el resaltado es nuestro].

Freud hablaba de la estructura psicológica de las masas artificiales como la Iglesia y el Ejército a partir de la identificación de los miembros con un líder o un ideal, que es colocado en sustitución del ideal del yo de cada uno de los miembros de la masa. Para Freud es comparable la relación con el líder o con esa idea rectora con el estado hipnótico o el estado de enamoramiento.

Pero si esta certeza de la justificación de sus actos no es reforzada por la formación política y no sólo militar, tras la decepción producida por el ideal fascinado, viene el sentimiento de desilusión, de fracaso, de pérdida y de duelo de ese ideal frustrado, acompañado de todos los elementos negativos que se derivan de ese estado. Si los combatientes continúan en una simple actitud de fascinación por el líder o por la idea simplista de los buenos contra los malos, todos los reveses son previsibles, desde los que se desilusionan hasta los que cambian de bando, decepcionados de los primeros y convencidos de los segundos.

Pero que esta mujer compare la relación con la causa con estar enamorada de un hombre, creemos que da una pista que pone a estas mujeres más en relación con el amor a una idea que con otras razones, en las que coinciden al reconocer que asisten a los hombres en su decisión de militar en grupos armados.

Si bien a nivel ideológico todos los bandos reconocen la causa de la lucha en términos de lucha por igualdad social, también declaran estas mujeres que la mayoría de las que ingresaban a las FARC:

Lo hacían para huir del maltrato familiar, de la persecución de los padrastros y del exceso de trabajo que les ponían en la casa. Algunas lo hacían también porque les atraía algún guerrillero o les llamaba

la atención el poder que generaban las armas. En las FARC sólo conocí a una sindicalista que estaba realmente convencida de la causa. Las demás eran campesinas que habían encontrado una solución para su vida (Ibid., p. 66).

A la causa general se le une otra, la condición de la mujer en nuestra cultura, donde a las mayorías campesinas y a un gran porcentaje de las mujeres de la ciudad se les sigue educando mediante las normas que impone el machismo a través de sus madres, y donde también, en efecto, son el blanco del asedio sexual de padrastros, parientes u otros. La vía guerrillera o la paramilitar se ofrecen como un estilo de vida en el que pueden poner límite a ese abuso o cambiar su estatuto de víctima.

En ese sentido se comprendería la idea de Virginia Woolf (Velásquez, 2001), para quien las mujeres no son opuestas por naturaleza a la guerra ni los hombres son por naturaleza favorables a ella; sin embargo, razones de orden histórico social, por su condición de excluidas del poder y la riqueza, hacen que tengan un mayor potencial para oponerse a la guerra, basadas no solamente en la maternidad sino, como se dijo arriba, en su histórica exclusión del poder y la riqueza.

Pero el deacuerdo de esta reflexión consiste en que considera que la condición de excluido conduciría invariablemente a la guerra; pero no siempre es así. No obstante, en los casos citados se convierte en una justificación. Pero debe haber algo más, puesto que la huida del hogar, del maltrato, del asedio sexual, del exceso de trabajo no determina que sea hacia un bando armado; hay otras que huyen a la ciudad a buscar otras opciones. A no ser que para algunas ésa sea la única.

Lo que queremos resaltar es que los testimonios coinciden en que un factor decisivo para el ingreso de muchos hombres a los grupos armados más que el amor a los ideales es el amor a las armas, y en algunos casos un franco beneficio económico, mientras que algunas mujeres no manifiestan un amor tan decidido a las armas.

De manera corriente, la argumentación de su relación se fundamenta en la consideración de que la vida depende del uso del arma, es

la garantía de continuar vivo, de su seguridad; pero luego se vuelve indispensable, difícil de renunciar al artefacto cuando en él se cifra la sobrevivencia. Y si llega a ser un castigo el desarme, ya no se trata del sentimiento de inseguridad sino de una privación de algo con un valor simbólico mayor, algo valioso. De no ser así no fuera castigo. El consiste en dejarlo inerte, desamparado ante la superioridad de quien sí la tiene (ver anexo 4).

VI

Esto señala finalmente una singularidad, que creemos que por tratarse de testimonios de mujeres resulta más fácil de ser confesada que si se tratase de testimonios de hombres, evidentemente por razones culturales: la relación con el amor al ideal, influenciada en algunas por la atracción por el líder o simplemente por un compañero sexual de militancia. Este último caso sería extraño en un hombre, es decir, que se va para la guerrilla o para las autodefensas por amor a una mujer.

Pero en esto esas combatientes no son diferentes de muchas otras mujeres en la vida civil, de ciertas clases sociales donde la educación no constituye obstáculo para que sigan al hombre del que se enamoran.

Esa singularidad no es señalada para mostrar una nueva utopía de la mujer paradigma de la paz, por ser aquella que se interesa más en el amor que el hombre; pero, en cambio, sí devela un aspecto que humaniza la guerra.

La relación con el líder bajo ese enamoramiento muestra aspectos que si no son reforzados por la formación política conducen fácilmente a la decepción, tal cual acontece en el enamoramiento corriente ante la caída del engaño amoroso (ver anexo 5).

Pero cuando ya no se trata de una relación fascinada por el ideal, sino que hay en ella formación política, se encuentran otras expresiones que, aunque declaran su convicción, dejan un punto de asombro, sobre el que volveremos.

Dijo la primera:

¡Cómo sería de grande nuestra causa y de profunda nuestra convicción, que no pensábamos en el peligro! [...] Se necesitaba creer demasiado en una idea para hacer eso, para estar dispuestos, por ella, a matar a un ser humano (Ibid., p. 55).

Otra declaró:

Me mantiene en esta lucha la convicción de que es justa. Pero la lucha armada no puede ser nuestro fin. Tenemos que llegar a conquistar la paz con justicia social [...] Lo triste es que en este país muchas cosas se han logrado a la fuerza (Ibid., p. 112 -113).

Otra combatiente del las Autodefensas expresó:

Tenía claro que la lucha iba a ser contra la guerrilla [...] Peleaba, en resumen, no por la toma del poder, sino por el logro de la paz; por la defensa de la propiedad privada; de la libertad física, de credo político y religioso y por el derecho a la legítima defensa (Ibid., p. 180).

VII

Estar dispuestos a morir y a matar a otros seres humanos es el supuesto básico de la guerra. Renunciar al paradigma de humanidad es la vía más segura para el ejercicio de la crueldad que acaba con la compasión, la capacidad de situarse en el dolor del otro y garantizar la propia degradación humana. Son las conclusiones de las historiadoras citadas. Al respecto se encuentran algunas reflexiones sobre la muerte en las mujeres combatientes; pero también sobre los semejantes durante la guerra.

Los testimonios dejan translucir una dimensión difícilmente confesable en el discurso masculino sobre la guerra. Hay en ellas compasión, se trata de una declaración moral.

Cabe resaltar que en la lógica del entrenamiento armado lo que

prima es que si el combatiente no dispara al enemigo le disparan a él, y en ese momento no puede tener dudas morales. Pero este resquicio de reconocimiento de humanidad del enemigo se patentiza en los relatos cuando luego de un enfrentamiento, o frente a un secuestrado, o aun frente a sus torturadores las mujeres no dejan de reconocer que detrás de cada arma hay un ser humano (ver anexo 6).

Ese principio de reconocimiento de un resto de humanidad en el contrario permite pensar en una vía, si no de solución, sí de regulación de los efectos de devastación de esta guerra entre los colombianos. Quizás podría ser el primer paso para restablecer una dimensión simbólica, así sea con malentendidos, para intentar reconstruir una interlocución que trate de conseguir con las palabras lo que actualmente se intenta con los fusiles. Es una vía, sin embargo, que no debe olvidar que siempre hay un real que queda como resto, una parte maldita que no hay que negar, porque si se le olvida retorna destructiva de manera inusitada.

ANEXO 1*

Mujeres combatientes y maternidad

Una de las entrevistadas manifestó:

De mi infancia sólo me quedaron tres buenos recuerdos: la libertad tan sabrosa en que vivíamos, los barquitos de papel que hacía cuando no iba a la escuela y la muñeca negra de trapo que me hizo mi mamá. Una vez la bañé y no volvió a secarse nunca. Todo lo demás fue pobreza (p. 30).

Sabemos que la muñeca es el juguete predilecto que los padres de nuestra cultura les regalan a las hijas; es, de algún modo, la manera de transmitirles –mediante ese objeto en el que debería apoyarse su fantasía para crear los juegos– su futuro rol de cuidadora de hijos. Es la promesa precoz de su maternidad, coincidente generalmente con su Edipo positivo, donde su destino se juega de acuerdo a como se sortee. Y es en ese espacio lúdico donde se encuentran los rasgos de identificación con la madre, pues ella baña, viste, alimenta y cuida a sus hijos, para que así proceda la niña con su muñeca y en el futuro con sus propios hijos.

Lo singular de ese recuerdo es que se trataba de una muñeca de trapo, signo del estado de privación de su infancia, que se malogró para siempre. Luego reveló otro dato:

Por una equivocación quedé embarazada. Yo no deseaba tener ese hijo. No quería traerlo al mundo a sufrir, a que aguantara hambre como yo, a dejarlo abandonado. No estaba dispuesta a dejar la lucha para cuidarlo. Sentía que hacerlo era traicionar a nuestro país y a nuestro pueblo [...] Las seis semanas que duré embarazada fueron como una enfermedad (p. 49-50).

* Todos los testimonios incluidos en los anexos fueron tomados del libro de Patricia Lara Salive *Las mujeres y la guerra*.

Se trata de una vivencia posible de generalizar porque la primera parte de su argumento no sólo puede hacerlo una combatiente sino cualquier mujer del Tercer Mundo que no desee abortar. No querer traer otro ser a pasar hambre al mundo en que vive. Lo de abandonarlo luego se retornará. Pero el rechazo a la maternidad, por encontrarla incompatible con la lucha, es un argumento más centrado en las mujeres combatientes, que se encuentran en el conflicto de papeles sociales, es decir, entre la combatiente –rol que hasta hace muy poco era exclusivamente masculino– y el de la madre tradicional. Su resolución de no tener hijos, como sucede en muchas otras combatientes, se sustenta en un argumento propio de la ideología revolucionaria, esto es, la superioridad de la relación respecto a la causa social que se pone por encima de una causa o de un interés individual, tener un hijo y para criarlo de modo tradicional. En cambio, vivir un embarazo como una enfermedad sí es signo del rechazo a ese estado, es algo del orden de una vivencia personal, no generalizable y que probablemente se enlaza a dos vivencias más de rechazo hacia ella por parte de sus propios padres y que hipotéticamente podrían explicar esta actitud, pues en el cuadro de su propia madre habla de un primer rechazo a los múltiples embarazos que tuvo y, por ende, a la que trajo al mundo a la relatora:

Yo le preguntaba a mi mamita: ¿«Por qué me hizo, mamá? ¿Por qué me trajo a este mundo a sufrir»?

«Yo no la hice. Su papá se me montaba. ¡Y me hizo todo ese montón de hijos! Yo no le decía nada porque sentía inseguridad. Afortunadamente se murió. Si no, yo hubiera tenido ocho o diez hijos». (p. 30).

Ese rechazo, aunque fuera inconsciente, se reflejaba en sus olvidos:

Pasé hambre desde muy chiquita. Mi mamá contaba que ella me dejaba en la cuna y se le olvidaba darme teta porque tenía mucho oficio: lavar, pringar teteros, cocinar, arreglar la casa [...] Yo no lloraba. Pero cuando me ponía la teta, comía con ansia (p. 28 -29).

De su padre dijo:

Mi papá buscaba tener un varón. Cuando Gilberto nació hizo fiesta, invitó a los amigos y se emborrachó. Cuando nació Diana no se puso bravo porque era su primer hijo. Cuando nació Lucía no le gustó, y cuando nací yo se enfureció y no quiso mirarme (p. 30).

Pero en contraste con el olvido inconsciente de la madre, la posición consciente era moral y de amor a su hija. Las vecinas decían a la madre:

«Regálenos esta negrita». Pero mi mamita les contestaba: «¡Me muero con ella! Yo no soy ni una perra ni una gata para regalar los hijos» (p. 31).

Es una declaración de amor, y aunque sea como una expresión corriente, tiene todo su peso de sacrificio, ¡«me muero con ella»!, y defiende la filiación al hijo como un valor esencialmente humano, son el tipo de significantes que amarran un sujeto a la vida.

Otro testimonio muestra una relación con la maternidad contraria a la anterior; otra combatiente dijo:

En el monte duré embarazada cinco meses. Disfruté mucho el embarazo. Me encantaba sentir que mi hija se movía. Salí del monte. Tuve la niña. Descubrí la maternidad. Es lo más hermoso del mundo. Tal vez si la hubiera descubierto antes habría tenido más hijos. Qué lindo era tener a mi hija en mis manos, tocarla. Estuve con ella una año. Pero era muy difícil tenerla conmigo y desarrollar la actividad guerrillera. Tenía que viajar de un lado para otro. Entonces decidí dejarla con unos amigos y estar pendiente de ella a distancia. Con Raúl habíamos hablado de que por más que tuviéramos un hijo continuaríamos la lucha [...] a uno lo golpea separarse de los hijos. Pero no es fácil tomar la decisión de salirse de las FARC después de llevar tantos años metido en esta lucha... (p. 117).

Son vivencias muy propias de toda madre contemporánea que de-

see tener un hijo, disfrutar como creadora de vida, sentir el hijo en su vientre, y luego de que nace tocar su pequeñez. Es una relación muy narcisista, los padres se ven reflejados en pequeño en sus hijos, reconocen y aman sus propios gestos y rasgos, y más aun por parte de la madre, quien concibe el hijo como un ser que hizo parte de ella. Pero ésta es una vivencia que no siempre ha sido así; el niño como concepto cultural es una invención del nuevo régimen.

Encontramos además en este segundo testimonio la incompatibilidad del desarrollo de la actividad político-militar con la del rol de madre tradicional. Por eso declaró:

A mí me daba miedo que se cristalizara. Cuando las cosas iban como muy bien, salía corriendo. Temía enamorarme, casarme, llenarme de muchachitos (p. 91).

Pero luego protestó:

¿Por qué vamos a tener que ser las mujeres las que renunciamos a esa lucha? ¿Por qué tiene que ser siempre la mujer la que resuelve el problema de los hijos y la que desiste de contribuir al proyecto y de lograr su desarrollo como persona? ¿Por qué tiene que ser siempre la que se sacrifica? (p. 127).

Es algo que se encuentra también en la vida civil, en muchas mujeres que han conquistado lugares diferentes a los tradicionales en el mercado laboral, profesional o intelectual y muchas de ellas viven como una elección que tienen que tomar el formar una pareja, una familia, etc., o de realizar sus propias aspiraciones. Luego no es un asunto exclusivo de las combatientes, las soluciones también son análogas: dejar los hijos en manos de las abuelas. En otros países en instituciones especializadas y tienen un contacto regular con ellos.

Las madres combatientes, al contrario de estas últimas, sí tienen una particularidad, pues por razones de seguridad tienen que tener poco contacto con sus hijos, y a veces por largos períodos, para no ser intersectados y poner en riesgos sus vidas. Así lo declaró una de ellas:

No es cierto que los revolucionarios no queramos a nuestras familias, como dicen. Lo que pasa es que nos mantenemos alejados de ellas para no involucrarlas, para no perjudicarlas. Ellas no tienen la culpa de que hayamos emprendido esta lucha [...] Por esos sacrificios tan grandes que a uno le toca hacer, si no se está convencido de la necesidad de la lucha, se desmoraliza, y la única opción que le queda es abandonarla (p. 118).

Por esta razón, muchas otras combatientes renuncian a la maternidad:

Decidimos no tener hijos. Iván ya era padre de tres, y yo no tenía entre mis planes ser madre: andaba muy ocupada, bien ubicada, no me interesaba tener hijos (p. 160).

Pero en otro momento de su vida, años después que mataron a Iván, ella decía:

Decidí tener un hijo con mi mejor amigo [...] Yo no quería casarme como lo hizo mi hermana. Sólo quería tener un hijo y criarlo yo sola (p. 166).

Hasta aquí nada ilustra que por ser la mujer la que tiene la posibilidad de reproducir la vida, o estar culturalmente determinada a ciertas funciones propias de la maternidad, esto haya impedido su militancia política, y salvo por el hecho de que por seguridad se vena obligadas a tener poco contacto con sus hijos, en nada se diferencian de las demás mujeres.

Por eso no es raro encontrar un testimonio de una joven no combatiente secuestrada, que en un gesto maternal dijo de sus captores:

Los guerrilleros eran niños a los que les gustaba jugar a la guerra. En el primer grupo había varios de dieciocho años. Habían entrado a la guerrilla a los once o catorce años, y ahora estaban encargados de cuidarnos, pero yo sentía que era al revés: que era yo quien tenía que cuidarlos porque les faltaba afecto y, por eso, se mostraban toscos, bruscos y agresivos (p. 244).

ANEXO 2

Condición de la mujer en la guerra

En su testimonio, el primer entrevistado dijo que cuando llegó al campamento del antiguo ELN:

Supé que el único que podía tener mujer en el campamento era él [Fabio Vásquez Castaño, el jefe del ELN²]. Los demás vivían en total abstinencia. Fabio las cogía por turnos. Duraba con cada una siete u ocho meses, se aburría y escogía otra (p. 40).

Era una estructura muy similar a la de la horda primitiva descrita por Freud en *Tótem y Tabú* (1914), donde un macho hiperfuerte tenía el monopolio de las mujeres y de los bienes y subordinaba a los otros con el temor. El desenlace, sin embargo, fue diferente, pues en el mito lo asesinaron y lo devoraron para obtener una identificación primordial con él, mientras que en el ELN simplemente lo destituyeron.

Y agregó que:

El tema de la pareja no se mencionaba en el reglamento [del ALN]. Pero era claro que Fabio Vásquez no permitía que las parejas se juntaran. Si sabía que un hombre y una mujer eran pareja, los separaba, y mandaba al hombre para otro campamento (p. 43).

Los compañeros me echaban piropos, me cortejaban. Yo me ponía una especie de coraza. No quería nada con ninguno. Estaba triste por la muerte de José. Pero una noche llegó un compañero a mi hamaca y me dijo: «La llama el jefe». Yo sentí temor. Allá uno era como una ovejita: «Sí, compañero; como usted diga, compañero...» Pero también estaba convencida de que todo lo que Fabio hacía era perfecto...

En ese momento él no tenía compañera, estaba en plan de con-

² Ejército de Liberación Nacional.

quista. Fabio no dormía en hamaca. Llegué a su pacera. Era una enramada de palos y de varas armadas sobre ellos. Encima tenía hojas. Parecía una cama. Me pidió que me acostara a su lado.

Lo hice. Yo no tenía deseos. Pero temía que le desobedecía me hiciera un juicio y me condenara por algo que se inventara. Él podía arreglar alguna cosa. Como era el jefe...

Después supe que Fabio armaba enredos entre las mujeres para separarnos, de modo que no nos contáramos lo que había hecho con unas y con otras. y Con todas hacía lo mismo. Me decía, por ejemplo, que no hablara con la «Negra» porque ella había dicho de usted esto y aquello. Y a ella le decía que yo había dicho de usted esto y lo otro. Así nos mantenía aisladas, y él podía hacer tranquilo lo que quería (p. 44).

Pero no era un asunto que concerniera solamente al ELN:

En las FARC³ había más machismo que en el Eme⁴ y en el ELN. En las FARC los hombres eran de verdad quienes mandaban y las mujeres quienes obedecían. Ellas eran sumisas, no discutían mucho. Las ponían a cocinar y a pagar guardia. Las consideraban como de su propiedad.

Había una muchacha que se llamaba Milena, tenía diecisiete años. Su única falta había sido no acostarse con el jefe de la escuadra. Entonces el hombre tomó represalias: le dio carga extra, la puso a cocinar y a prestar guardia muchos días. En las FARC había una discriminación contra la mujer, una especie de rechazo soterrado por haberse atrevido a incursionar en un terreno tan propio de los hombres (p. 65).

Los tipos cambiaban con frecuencia de compañera. Apenas terminaban con una, uno tenía licencia para abordarla. Era como si dijeran: [...] «Yo no tengo ya nada con ella, hágale usted. Ya la usé, ahora es su turno».

³Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

⁴M-19, Movimiento 19 de Abril.

Las mujeres se dejaban sin protestar. Ese cambio de parejas no generaba conflicto entre los tipos, entre las mujeres sí [...] a mí me tocó ver que a las mujeres les daban los peores turnos de la guardia [...] y si una guerrillera protestaba le decían:

«-Camarada, es una orden, y las órdenes no se discuten en las FARC» (p. 65-66).

Las relaciones de pareja me parecían muy complicadas. Yo estaba acostumbrada a que había primero un período de galanteo, de noviazgo, y si iba a tener una relación sexual era sobre la base de que sentía deseo. Yo había tenido relaciones sexuales con mis novios de la ciudad. Pero eso de que en la guerrilla uno iniciaba una relación e inmediatamente tenía que irse a la cama, no me gustaba (p. 106-107).

Pero otro testimonio aclaró:

En la guerrilla, como en Colombia, hay machismo. Los guerrilleros también se han formado dentro de una sociedad machista. El machismo existe en las FARC. Pero en la Octava Conferencia se estableció que la mujer en la guerrilla es libre y no puede ser discriminada. Tiene los mismos derechos y deberes que el hombre. Es decir, si una mujer quiere impedir que la discriminen, dispone de los instrumentos para conseguirlo. Otra cosa es que ella, como mujer, se atreva a usarlos y que el hombre no lo permita. Es necesario que las mujeres sepan dar la pelea, y si la dan, la ganan. En la guerrilla hay cerca del cuarenta por ciento de mujeres [...] en la guerrilla no se puede ser ama de casa (p. 115).

ANEXO 3

Identificaciones «varoniles» de la infancia y la adolescencia

Una de los entrevistadas relató pasajes de su vida de los que podían deducirse hipótesis de sus rasgos guerreros identificatorios. Al principio se trataba de competencias infantiles:

Una de nuestras grandes hazañas era treparnos a las tapias de las otras casas, y si había frutas robárnoslas [...] un día –yo tenía ocho años– nos subimos a la terraza [del Hospital Militar]. Éramos como quince niños. ¡Ése fue todo un operativo! ¡No estaba permitido subir! Entonces hicimos una especie de labor de inteligencia para ver cómo llegábamos. Vimos que los ascensores estaban controlados en tales pisos. Subimos. Llegamos gateando a la terraza. Había militares y un helicóptero. Nos pillaron. [...] uno les dio la orden a los soldados de que nos permitieran mirar. Nos dejaron avanzar al borde pero nos tenían de los pies. Nosotros nos sentíamos grandísimos. Al militar que dio la orden de dejamos asomar se le ocurrió bajarnos en el helicóptero. Estábamos felices. Fue toda una hazaña, una experiencia inolvidable (p. 82).

Me habían metido a un colegio como a los cuatro años, pero me dio un virus en una pierna y tuvieron que sacarme. Los niños me decían: «¡A que no es capaz de subirse a un árbol!», y yo me quitaba el aparato que tenía que usar, y les demostraba que sí era capaz (p. 83).

En el colegio había una hilera de árboles. Nuestro reto era atravesarla de un lado a otro sin bajarnos (p. 85).

Luego como militante de la Juco⁵ y aun casi adolescente recuerda que:

Cayó en mis manos un libro sobre las guerrillas búlgaras [...] hablaba del papel del Ejército Rojo en la Segunda Guerra Mundial, y de

⁵ Juventud Comunista, organización no militar.

una guerrillera que se llamaba Yanira. Contaba su [...] papel como mujer y su lucha tan tenaz para desarrollarse en esa situación tan complicada [...] y de cómo Yanira, con lo débil que era [tenía una dificultad física], se enfrentó y se mantuvo en la guerrilla. Ese personaje me caló... (p. 91).

Puede pensarse que la limitación física infantil le sirvió de rasgo identificatorio, al igual que su decisión de ser combatiente. Años después relata que en el campamento guerrillero:

Íbamos a lo que llamaban el patio de armas. Hacíamos ejercicios. Al comienzo nos ponían a saltar por unos palos altísimos, a colgarnos de los bejucos y lanzarnos, a coger alacranes y ranas, a perderle el temor a la vida del campo. Si las mujeres no podíamos dar esos saltos o si nos daba miedo coger los alacranes, nos regañaban y nos hacían sentir mal, inferiores (p. 40- 41).

Mi debilidad física la tomé, más que como un problema, como algo que tenía que superar a base de aprendizaje. Hacíamos ejercicios. Al comienzo me perdía, no entendía cómo eran. Nos daba risa (p. 103).

Otra encontró esos rasgos guerreros en su propia madre, la cual se llamaba Margot:

Por ella escogí «Margarita» como nombre de combate (p. 31).

Otra declaró que su propia madre le sirvió de figura de identificación respecto a los rasgos que requirió para el combate:

Mi mamá era la que respondía por el hogar, la que rebuscaba, la que impulsaba a sus hijos a progresar [...] tuvo diez hijos. Ella decía que le gustaba que hubiera siempre un chiquito en la casa; ella ganaba más que él [el padre]. Armenia se quedó chiquita para las expectativas de mi mamá... (p. 81).

En ambos casos la madre es modelo para las hijas y les enseñan la independencia. Igualmente, les transmite un cierto arrojo. La segunda dice literalmente:

Mi mamá era de armas tomar: *agarraba los ratones por la cola y los golpeaba contra el suelo hasta que los mataba. Se ponía furiosa si alguno de nosotros armaba un escándalo con un ratón, una cucaracha o un cangrejo* (p. 83) [el resaltado es nuestro].

Es una expresión que luego la hija tomó a la letra como rasgo identificatorio, y que fue reforzado por otras identificaciones heroicas que tomó de la literatura revolucionaria. La relación con la madre se plantea hipotéticamente en términos del ideal que debe seguir en el aspecto de su valentía en el enfrentamiento con la vida y de transmisora de valores éticos o morales:

La actitud de mi madre fue admirable: con todas esas dificultades económicas que tuvimos [...] siempre hizo lo posible por tenernos bien e inculcarnos valores humanos: la fraternidad, la conciencia de ayudar a los demás, el hacernos ver que así como nosotros pasábamos dificultades mucha gente [...] nos enseñó la necesidad del trabajo y lo que éste significa en la formación del ser humano (p. 85).

Pero había un límite en la imitación que la madre procuraba, y era en su vida de madre tradicional dedicada a los hijos, por eso decía a las hijas:

«¡Ojo! Hay que vivir más la vida. Hay que estudiar, hay que viajar, hay que conocer primero. Después sí pueden casarse» (p. 91).

Es decir que daba un valor superior a la aventura y a la vida soltera, de nuevos roles, de estudio, de placer, de conocimiento, es decir, una vida de mujer por encima del papel tradicional de madre.

El tercer testimonio de una combatiente de las Autodefensas revela el mismo rasgo, pero no tomado de la madre sino de la abuela con la que se crió:

Era muy moderna, por eso nunca quiso casarse con él [su compañero]. Le parecía ridículo formalizar una unión a través de algo que no fuera la voluntad de ambos de permanecer unidos [...] De peque-

ña [yo] pensaba que cuando creciera iba a ser como ella (p. 143).

Ella toma el signo de la rebeldía del rol tradicional, expresado aquí en la negativa de su abuela al matrimonio y en la vida en concubinato que asumió, que para la época era una transgresión.

Es esa misma relación la que refuerza la decisión de la primera de quedarse al lado de la madre admirada, luego de la desilusión de los ideales del grupo armado en el que combatía. Dijo:

Encontré a mi mamá. Estaba enferma. Vivía en una pobreza inmensa [...] Al ver a mamá le di un abrazo fuerte y largo... Me di cuenta de la situación: estaba muy viejita y no podía trabajar. Entonces pensé: «No vale la pena regresar a ese desorden, a esa improvisación, a esa situación en la que el movimiento [M-19] no crece ni hace nada productivo, sino que sólo busca protagonismo y pare de contar». Entonces decidí: «Me quedo aquí y velo por mi mamá» (p. 73).

En quien se sostuvo la convicción no hubo este retorno al primer amor, sino una buena relación y visitas episódicas a la madre. También recordó intervenciones memorables para inculcar un valor o por protección y resalta el respeto por la decisión de seguir la vida combatiente:

Una vez me pegó porque me robé unas tizas que tenían las costureras [...] Otra vez me pegó porque me fui a un parque que ella consideraba peligroso.

Fue después, en otra ocasión en que pasé por Bogotá, cuando llamé a mi mamá y le conté. Me parecía injusto que no supiera en qué andaba. Ella me dijo: «Bueno, hija, si usted lo decidió» (p. 100).

También en el tercer caso es la madre la que introduce a la hija en un despertar formador:

Creí en el Niño Dios hasta cuando me mandaron a Medellín. Entonces mi mamá me quitó la inocencia: me contó lo del Niño Dios y me habló de la menstruación (p. 150).

ANEXO 4

La relación de las mujeres con las armas

El primer testimonio dice:

Yo no amaba las armas. De niña me gustaban las muñecas de trapo que me hacía mi mamá: los barquitos de papel [...] Pero las armas se le van metiendo a uno, se le van volviendo su única defensa, se van convirtiendo en algo tan importante que el peor castigo que se le puede hacer a un guerrillero, después del fusilamiento, es el desarme (p. 42).

Era tan grande su indefensión [la del secuestrado], era tan grande el poder de los que estábamos armados, que a mí me conmovía. Cuando los compañeros me dejaban a solas con él lo cogía del brazo y le decía: «Tranquilo, aquí lo cuidamos, nada le va a pasar» (p. 55).

Nunca me han gustado las armas. Si pudiera volver a vivir, no escogería ese camino. La historia de este siglo [XX] ha transcurrido en medio de la matazón de una generación tras otra. Y comienza el siglo XXI y seguimos en lo mismo. Colombia lleva muchos años de desangre. La nuestra no ha sido una guerra corta como la de Cuba. Ha sido una guerra eterna (p. 76-77).

Y el segundo confirma:

Las armas no me apasionan. Nunca las había tenido. En el páramo acababa de ver una por primera vez. Los campesinos mantenían revólveres, pistolas y escopetas (p. 94).

En el Frente Dieciséis había pocas armas. Cuando yo iba a pagar la guardia me daban un revólver hechizo, torcido, chiquitico, un 32. La gente decía que no servía para nada.

Pero era mi arma, y aprendí a quererla, a desarmarla, a limpiarla, a cuidar la munición, a fabricar la fornitura donde se guardaba. [...] (p. 105).

[pero] *A mí realmente no me llaman la atención las armas. Yo tengo claro que estoy en la lucha armada porque es una necesidad para el país. Es que si uno no tiene eso claro, no aguanta, son muchos los compañeros que se mueren, es mucha la gente que uno quiere que desaparece, es mucha la falta que le hace a uno los hijos y la familia* (p. 117-118).

Una secuestrada del avión de Avianca (12 de abril 1999) dijo:

Con nosotros había cinco hombres y dos mujeres. Ninguno tenía más de veinticinco años. Habían ingresado a la guerrilla por hambre, por necesidad, por hacer algo por el país, porque vivían muy mal y de pronto se habían encontrado con un comandante que les echaba un cuento que les sonaba, porque tenían malas relaciones con sus familias o, simplemente, porque les gustaba el plomo y sentían que si llevaban un fusil la gente los respetaba (p. 243).

Para los militantes de las Autodefensas, su relación con el ideal, con las armas y con la guerra es otra:

Hoy, los combatientes de las Autodefensas están activos dos meses y descansan diez días, con viáticos y todo pago. La idea es que dispongan de un lugar propio donde se tenga amor e inviertan lo que vayan consiguiendo. Se quiere que no se enamoren de la guerra [...] según la responsabilidad que tengan, reciben mínimo doscientos cincuenta mil pesos mensuales y máximo un millón. Perciben una bonificación para que no roben con la disculpa de que lo hicieron por necesidad económica y para que tengan la obligación de someterse a un régimen disciplinario muy estricto, que sanciona las faltas y penaliza los delitos. Las faltas son, por ejemplo: recibir obsequios, ejercer presión armada, tratar a la población despóticamente. Los delitos son el robo, el atraco, el saqueo, la devastación, la extorsión, el boleteo, la violación, el acoso sexual y el homicidio, que se configura cuando se da muerte por motivos personales. Las faltas se sancionan con trabajo obligatorio, suspensión de permisos y llamadas de atención. Los delitos se penalizan con expulsión de la organización, destierro de la zona y hasta pena de muerte (p. 182-183).

En el ELN no se podía llorar ni sentir tristeza porque las lágrimas eran síntomas de desmoralización (p. 43).

No podía llorar. Yo tenía hombres a bajo mi mando. Entonces debía demostrarles que yo era tan fuerte como ellos, que no era inferior por ser mujer. Hacía un esfuerzo muy grande por aparentar que tenía la misma capacidad física que ellos. Mi equipo era tan pesado como el de los hombres. Se les notaba que no les agradaba que los mandara una mujer (p. 63).

Me tenían aislada. Como la selva es toda igual, me perdía entre los campamentos. Les explicaba que eso ocurría porque no tenía el suficiente entrenamiento. Pero la situación era complicada por ser mujer y por ser de la ciudad. Debido a esas dos cosas, en los dos años que estuve en ese Frente fue muy poco lo que pude desarrollarme como persona, como mujer y como militante (p. 108)

ANEXO 5

Relación con el líder y con la causa como enamoramiento

Dice el primer testimonio:

Tenía rabia con la vida, con todo, pero no con Fabio [el jefe del ELN], que había impedido que nos volviéramos a ver [con José]. A él y al ELN les era absolutamente fiel (p. 44).

Cuando Fabio viajó a Cuba, algunos de los compañeros que se habían quedado en Colombia comenzaron a replantearse muchas cosas y a criticar su jefatura: su autoritarismo, su arbitrariedad, su exceso en los castigos, sus órdenes de fusilamientos, su doble moral (p. 50).

Para mí fue un golpe muy duro el juicio de Fabio Vásquez. Yo tenía fe ciega en él. Lo que decía parecía perfecto. Cuando supe todo lo que hizo me quedé aterrada. Y me decía. «¡Este señor era como mi papá, el movimiento que creó era el que iba a cambiar el país, yo lo había dejado todo (mamá, familia, compañero) por esa idea! ¡No puede ser que yo me haya dejado lavar el cerebro de esa manera!». La desilusión fue muy grande (p. 50 -51).

Bateman nos pareció un líder. Hablaba con seguridad. Era carismático. Aglutinaba. Era cálido, divertido. Decidimos unirnos a su lucha (p. 51).

Pero luego de esa fascinación vino la decepción, tan fuerte como lo fue su instalación:

En 1989 oí que el movimiento iba a entregar las armas. Yo estaba sola [...] no tenía a quién decirle que sentía que había perdido el tiempo, que había perdido mi vida, que me daba vergüenza pensar en tantos campesinos a los que yo había convencido de que se entregaran a la causa porque dizque necesitábamos crecer, ser muy fuertes y tener muchos colaboradores que nos ayudaran a conseguir nues-

tro objetivo. ¡Y ahora les salíamos con ese chorro de babas! No, ¡qué desilusión! (p. 74).

Otra combatiente dijo:

Yo había sido jefe de seguridad de Pizarro, lo había cuidado, había hecho todo para evitar que se le acercaran quienes no debían acercársele. Yo había tenido esa gran responsabilidad. Lo conocía. Sabía que era profundamente honesto, que todo lo hacía con verriaguera, que si actuaba de una forma era porque estaba convencido, porque en medio de su locura creía que eso era lo correcto (p. 75).

Para algunas, la relación con el líder no les impedía su sentido crítico, que les permitía ver sus fallas:

El «Che» era mi ídolo, y sigue siéndolo. Pero con lo que nunca estuve de acuerdo fue con ese cuento del hombre nuevo. ¿Qué tipo de hombre es ése? ¡Qué va a ser libre un hombre que sigue instrucciones de no sé quién, que decide el bien y el mal! ¡Ese no es un hombre nuevo! (p. 160).

Otra dijo que escribiendo comunicados con Jacobo Arenas

discutíamos mucho por la ortografía. Como yo había trabajado en la imprenta, tenía claras las nuevas reglas. Él se empeñaba, por ejemplo, en ponerle tilde a la palabra fue, y yo le decía: «No señor, eso no lleva tilde», y él alegaba «que sí». Y yo «que no». Y así nos la pasábamos. Se ofendía porque yo le decía que miráramos en el diccionario. No le gustaba que le demostrara que estaba equivocado. Entonces le decía: «¡Le va a tocar hacer un diccionario jacobino!», y él se moría de la rabia porque se preciaba de tener excelente ortografía (p. 97).

ANEXO 6

Relación con la muerte y el semejante durante la guerra

Si bien la lógica de la guerra hace que se conciba al rival en una tensión agresiva que excluye a uno de los polos, tal y como lo muestra la cita siguiente, hay otras singularidades que luego se ilustrarán: Una combatiente declaró:

Hay que ser muy prácticos: si en un combate uno se pone con el romanticismo de pensar qué sentiría uno si mata al otro, ¡se lo lleva el diablo! Uno sabe que si no dispara, el que está enfrente sí le dispara a uno. Si uno duda al disparar, lo matan. Así de sencillo. Eso es distinto a dispararle a alguien a sangre fría... (p. 117).

Sin embargo, sorprende encontrar una reflexión del secuestrador sobre la humanidad del secuestrado:

Sentir que la vida de otro depende de uno, hace que uno se ligue de manera muy fuerte con esa persona indefensa. Se produce una especie de síndrome de Estocolmo al revés.

Quienes secuestran [como acción de guerra] son también seres humanos. Detrás del que tiene un arma hay un ser con sentimientos, una persona que se deja tocar. Por esto esa relación lo alcanza a uno, e indudablemente enamora. Por lo menos mientras dura la indefensión (p. 55).

Pensamos que en esta confesión de compasión la expresión «se enamora» corresponde a una identificación inconsciente con la víctima reconocida como humana; tan es así que cuando desaparece su indefensión también desaparece el sentimiento, para verlo ya como un rival.

Otro aspecto singular aparece en el reconocimiento de esa misma humanidad, pero ya en el lado del agresor. A una combatiente que habían torturado, un soldado le preguntó:

—«¿Quieres saber quiénes son los que te torturan?» A través de la rejilla se veían muchos hombres vestidos de civil. Había altos, bajitos, gordos, flacos. Durante la tortura permanecían encapuchados. Pero no parecían monstruos: eran hombres comunes y corrientes los que me torturaban! (p. :58).

Después, ella era la que estaba del otro lado del fusil en un combate, y dijo:

Yo era la encargada de abrir el fuego. Me puse nerviosa. El dilema era simple: nos moríamos nosotros o se morían ellos. Abrí fuego. Los soldados comenzaron a caer, no se si vivos o muertos. Vi caer a muchos. Sentí escalofrío. Me dolió el estómago. Fue una experiencia muy fuerte... (p. 62).

Cuando terminaron los combates me paré en una loma a observar con binóculos la retirada del Ejército. Tu vieron como cien bajas. Me dio mucha tristeza ver cómo sacaban las volquetadas llenas de muertos y de heridos (p. 63).

Los testimonios muestran igualmente que hay una dimensión de dolor, de duelo y hasta de culpabilidad por sus muertos y también por los del bando contrario. Es algo difícilmente reconocible en los discursos oficiales mientras combaten, de allí el interés de escuchar el testimonio de aquel que ya no está motivado por la guerra como causa:

Lo más duro de la guerra es la muerte, la pérdida de los compañeros. Son dolores que se van acumulando. Uno no es consciente de ello mientras está en la lucha. Pero cuando para, lo devora a uno el dolor de cada muerto, de todos los muertos, y lo que más lacera es que en la vida clandestina hay que ocultar los dolores, porque son producidos por muertos estigmatizados, y ese ocultamiento hace que las heridas nunca sanen. Entonces los dolores quedan, se eternizan... (p. 70).

Bibliografía

- BERNAL, Angélica (2001). *Mujeres y guerras en Colombia*. Bogotá.
- HERODOTO (1986). *Los nueve libros de la historia*. México: Porrúa.
- LARA SALIVE, Patricia (2000). *Las muejes y la Guerra*. Bogotá: Planeta.
- LACAN, J. Le moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la psychanalyse. En *Le Séminaire*, livre II (1954). París: Seuil, 1978.
- Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse. En *Le Séminaire*, livre XI (1964). París: Seuil, 1973.
- Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse (1953). En *Ecrits*. París: Seuil, 1966.
- Le séminaire sur «La lettre colée» (1956). En *Ecrits*. París: Seuil, 1966.
- VELÁSQUEZ, Magdalena (2001). Reflexiones sobre el conflicto armado colombiano desde una mirada feminista. En *otras palabras*, N° 8. Bogotá.